

**DELIA Y
ELVIRA**
Catalina Zapata



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



DELIA Y ELVIRA

CATALINA ZAPATA

Karla Marrufo y Silvia Alicia Manzanilla
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera
Volumen 3



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Catalina Zapata, *Delia y Elvira*
Primera edición digital: 02 de marzo de 2023
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4
ISBN EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Catalina Zapata: entre las tretas del débil y la novela sentimental	
<i>Karla Marrufo y Silvia Alicia Manzanilla</i>	7
<i>Delia y Elvira</i>	
Introducción	31
I. Las dos primas	33
II. La carta	43
III. La aparición	57
IV. La revelación	61
V. La víctima	73
VI. El arrepentimiento	81
VII. Misterios descubiertos	89
Epílogo	95
Noticia del texto	97
Catalina Zapata. Trazo biográfico	99

PRESENTACIÓN

Catalina Zapata: entre las tretas del débil
y la novela sentimental

Karla Marrufo y Silvia Alicia Manzanilla

Las mujeres y el arte verbal en Hispanoamérica

A menudo, las historias y los recuentos de las literaturas de Hispanoamérica hacen parecer que las mujeres se mantuvieron casi enteramente al margen de la vida literaria de sus países hasta bien entrado el siglo XIX. Como grandes excepciones se menciona a la monja novohispana Juana Inés de la Cruz, en el XVII, y después se da un salto hasta el albor decimonónico a la cubana-española Gertrudis Gómez de Avellaneda. Sin embargo, la relación de las mujeres con el arte verbal en este lado del mundo es anterior incluso a las propias nociones de “literatura” y de “América”. Hoy nos consta, por ejemplo, que en tiempos del expansionismo azteca había mujeres forjadoras de cantos (cuícatl), como lo prueba el “Ma-

cuilxochitzin Icuic”, o “Canto de Macuilxochitzin”, cuya traducción inicia así:

Elevo mis cantos,
Yo, Macuilxóchitl,
con ellos alegre al Dador de la vida,
¡comience la danza!¹

Este cuícatl, incorporado en el manuscrito *Cantares mexicanos*—compuesto hacia fines del siglo xvi y resguardado por la Biblioteca Nacional de México (MS 1628 bis)—, no es el único atribuible a una mujer, pero sí el único con autora claramente identificada. Así lo explica su primer editor y traductor, Miguel León-Portilla:

Extraño hubiera sido hacer mención del rostro y el corazón de trece poetas nahuas, sin incluir entre ellos los de alguna dama forjadora de cantos. A ignorancia nuestra o a grande malevolencia de los cronistas habría que atribuir tan lamentable omisión, sobre todo si se toma en cuenta la existencia de numerosos textos y cantares anónimos

¹ Macuilxochitzin, “Canto de Macuilxochitzin”, *Trece poetas del mundo azteca*, Miguel León-Portilla [selección, versión, introducción y notas explicativas], México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 165, <<https://bit.ly/3kHaozV>>, [consulta: enero de 2023].

que deben recibirse como obra que fueron de mujeres prehispánicas.²

No nos interesa aquí discutir si las lamentables omisiones de quienes han construido los relatos sobre el pasado son fruto de la ignorancia o la malevolencia, sino resaltar la participación de las mujeres en la vida literaria de todos los siglos, aunque evidentemente no haya sido, en modo alguno, equiparable en términos cuantitativos a la de los varones. Una infinidad de obras hoy anónimas salieron de la pluma de escritoras.

Además del “Fénix de México”, en los antiguos virreinos americanos hubo otras mujeres escribiendo loas, autos sagrados, villancicos, canciones, sonetos, décimas, églogas, así como cartas, autobiografías, biografías, relatos de sueños o visiones de índole mística, relaciones de sucesos, etc. Ciertamente, gran parte de estas obras permanecieron inéditas durante años, y algunas fueron incorporadas a obras más extensas hechas por hombres, pero el repertorio de voces con nombre—esto es importante— que ha llegado a nuestros días nos permite intuir un panorama más rico y más variado del que conocemos

² Miguel León-Portilla, “VIII. Macuilxochitzin. Poetisa, hija de Tlacaélel [mediados del siglo xv]”, *Trece poetas del mundo azteca*, ed. cit., p. 156, <<https://bit.ly/3kHaozV>>, [consulta: enero de 2023].

respecto a la escritura de mujeres de este periodo, inaugurado por la dominicana sor Leonor de Ovando. Tal panorama aún está en proceso de revelación.

A partir de 1780 nacieron mujeres que tuvieron un rol destacado en la literatura de los futuros países hispanoamericanos, como Petrona Rosende (Uruguay), María Santa Cruz (Cuba), Josefa García Granados (España-Guatemala), Josefa Acevedo (Colombia), Mercedes Marín (Chile), Josefa Mujía (Bolivia), y, por supuesto, Gómez de Avellaneda, entre otras. Durante la centuria decimonónica las autoras abandonaron el uso de seudónimos e iniciales, para reclamar, con mayor determinación cada vez, su propio espacio en las literaturas nacionales. Como explica Remedios Mataix:

El extraordinario florecimiento de la narrativa escrita por mujeres constituye todo un fenómeno en las letras hispanoamericanas recientes, sorprendente por su variedad, su riqueza y su enorme éxito editorial. Pero aún resulta más sorprendente el hecho de que, cuando se intenta trazar los orígenes de ese fenómeno o insertarlo en la historia literaria de la región a través de los textos canónicos dedicados a su estudio, pareciera surgir súbitamente, sin una tradición que lo sustente.³

³ Remedios Mataix, "La escritura [casi] invisible. Narradoras hispanoamericanas del siglo XIX", *Anales de Literatura Española*,

Esa tradición sustentadora es la que necesitamos reconstruir.

Las escritoras y la novela en México

Las historias literarias de Hispanoamérica se han quedado apenas con un puñado de nombres de escritoras del siglo XIX, entre otras causas, por su tendencia a registrar y a estudiar sólo obras publicadas como libro u opúsculo, y a privilegiar la producción cultural de las capitales nacionales y sus cercanías. En México, esto ha provocado un equívoco ampliamente difundido en la actualidad: ubicar a la jalisciense Refugio Barragán como la primera novelista mexicana, por *Premio del bien y castigo del mal* (1884). Dos datos pueden ofrecernos una perspectiva distinta al respecto.

El primero es que en México la novela escrita por mujeres se ha documentado en fechas más tempranas: *La Semana de las Señoritas Mexicanas* publicó en 1851 la novela corta *Doña Luisa*, firmada por María de la Salud García, de quien se conoce información biográfica mínima. Antes que ella, Rosario Bosero, de quien se sabe menos, publicó su novela *El amor filial*, recuperada por

núm. 16, 2003, p. 5, <<https://bit.ly/3kGxaYw>>, [consulta: enero de 2023].

Fernando Tola de Habich en el *Museo literario tres*. Posiblemente haya más autoras por descubrir e identificar. De acuerdo con Óscar Mata, no debe descartarse la posibilidad de que algunas novelas firmadas con iniciales o seudónimos entre 1832 y 1850 hayan sido escritas por mujeres; y recuerda el caso de Ella, la desconocida autora que así firmó algunas de sus novelas cortas, publicadas en *El Álbum Mexicano* hacia 1843.⁴ De lo que no cabe duda es que la prensa dirigida a las mujeres derivó en su progresivo reconocimiento, no sólo como lectoras, sino también como escritoras, editoras y traductoras. Todavía sabemos relativamente poco de la producción de las mujeres difundida en la prensa del siglo XIX. Hoy por hoy la digitalización y la difusión del patrimonio histórico, artístico y cultural ofrece una oportunidad única para repensar las verdades habituales.

El segundo dato consiste en que dos décadas antes de la mencionada obra de Barragán, en el sureste mexicano, ya circulaban al menos tres novelas de la tabasqueña Catalina Zapata Roig: *Delia y Elvira* (1864), *Sobre una tumba una flor* (1865) y *Amor y celos* (1868),

⁴ Óscar Mata, "Los inicios de la novela corta en México. [Del último Fernández de Lizardi al primer Manuel Payno]", *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2003, p. 38.

todas impresas en la ciudad de Mérida. Paulo Sánchez Novelo afirma que la misma autora comenzó a publicar en 1866, en el periódico *El Instructor*, una novela de costumbres titulada *Confidencias nocturnas*;⁵ a diferencia de las otras tres, no hemos podido consultar esta última.

¿Quién fue Catalina Zapata Roig?

Esta autora nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, el 16 de febrero de 1833, es decir, el mismo año que su compatriota Dolores Guerrero, la española Isabel Prieto —avecindada en México—, la cubana Martina Pierra y la célebre colombiana Soledad Acosta, entre otras. Utilizó el seudónimo Quintiliana, recibió el mote de Cantora del Grijalva, y es probable que haya firmado con sus iniciales obras que todavía no se le han atribuido.

Además, Zapata fue nieta del político e historiador Lorenzo de Zavala, y formó parte de una extensa familia de escritoras: fue prima segunda de Gertrudis Tenorio Zavala, tía de Teutila y Dolores Correa Zapata; y madre de Albertina y Dolores Puig Zapata. Todas ellas destacaron en el horizonte literario, sobre todo por su contribución a periódicos y revistas de primera importancia, como

⁵ Paulo M. Sánchez Novelo, *La recreación en Yucatán durante el segundo imperio (1864-1867): teatro, ópera, música y otras diversiones*, t. I, México, Maldonado Editores del Mayab, 1999, p. 65.

La Siempreviva, El Diario del Hogar y Violetas del Anáhuac. Como es bien sabido, *La Siempreviva*, fundada en 1870, fue una sociedad literaria, una revista y una escuela. El impreso, a cargo de Gertrudis Tenorio, Rita Cetina y Cristina Farfán, constituye un hito en el periodismo mexicano por haber sido la primera o una de las primeras publicaciones periódicas dirigidas y redactadas en exclusiva por mujeres.

Como otras escritoras de su tiempo, Catalina Zapata tuvo que compaginar su labor literaria con su rol de madre: cuando publicó *Delia y Elvira*, sus hijas Dolores y Albertina tenían alrededor de siete y dos años, respectivamente. Más tarde, madre e hijas serían colaboradoras de *Violetas del Anáhuac*, periódico dirigido por Laureana Wright, y figurarían en la antología *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* (1893), de José María Vigil. Zapata también colaboró en *La Oliva, Álbum Recreativo*, etcétera, y estuvo activa en la vida cultural y literaria hasta su fallecimiento, ocurrido el 3 de agosto de 1892, en su ciudad natal.

Al aproximarnos a su obra llaman la atención los breves textos que, a modo de introducción, acompañaron sus tres novelas, pues ofrecen ciertas pautas para leer entre líneas lo que no siempre podía enunciarse de forma explícita. En la introducción a su segunda novela o, como la autora dice, su “ensayo literario”, Zapata incluye la siguiente dedicatoria:

Y ya que la casualidad ha hecho que mis primeros y vacilantes pasos en la literatura los haya dado en este hermoso suelo, cuna de mi padre adorado y mis antepasados, tengo el gusto de dedicarles este libro a las bellas y simpáticas yucatecas, como prueba de mi afecto sincero y del deseo que tengo de que tomando mi ejemplo, llegue un día para ellas en que más felices que yo, logren subir a la cumbre del saber y de la gloria.⁶

Como un anhelo, y de forma casi velada, se expresa una inquietud de la autora que estaría presente en otros de sus escritos: la disyuntiva de las mujeres de su época entre la escritura (como un ejercicio del pensamiento que las coloca en la vida pública) y los deberes que les “corresponden” en el ámbito de lo doméstico, según los parámetros sociales.

Más adelante, en 1871, Zapata publicó en *La Siempreviva* un texto titulado “La mujer”, en el que, no sin cierta cautela o ironía, se manifiesta en desacuerdo con la opinión generalizada acerca de que la mujer no sólo tendría que reducirse a sus deberes al interior del espacio doméstico, sino que su nombre y su memoria no han de figurar en “el gran teatro social”. La respuesta de la autora se perfila desde una conciencia histórica que re-

⁶ Catalina Zapata, *Sobre una tumba una flor*, Mérida, Impresa por Leonardo Cervera, 1865, p. IV.

conoce la diversidad de roles que las mujeres han tenido —si bien, no como protagonistas— en los ámbitos políticos, eclesiásticos, artísticos y, desde luego, en el marco del núcleo familiar y en relación con la educación de los hijos. El reclamo entonces por condenar a la mujer al anonimato se afirma como un producto de la barbarie:

Sería un crimen exigirle guardar en un rincón oscuro el perfume suave de su sensibilidad exquisita, con que puede y debe consolar y acariciar a sus semejantes; una barbarie, imponerle como un deber apagar enseguida el relámpago de luz que brota ardiente de su inteligencia, y cuyos resplandores sabrían iluminar, tal vez, los negros abismos de la vida; una tiranía, querer que el sonido que se eleva de sus sentimientos piadosos desaparezca sin hallar un eco que repita los cánticos sonoros de su voz apasionada.⁷

Esta reflexión se publica siete años después de que la primera novela de la autora saliera a la luz, bajo el ya referido seudónimo de Quintiliana. El buen recibimiento de *Delia y Elvira* llevaría a Zapata a firmar sus siguientes obras con su nombre, a fin de confirmar su presencia en

⁷ Catalina Zapata, “La mujer”, *La Siempreviva*, año II, núm. 32, 1 de septiembre de 1871, p. 1, <<https://bit.ly/3HzyVjq>>, [consulta: enero de 2023].

el mundo literario y, quizás, como anota en la dedicatoria, a servir de ejemplo a las generaciones venideras.

Pensar en sus obras como en “ensayos” encuentra, a su vez, una explicación en las nociones esbozadas por la propia autora acerca de la escritura y del papel de las mujeres en la sociedad. La idea del ensayo remite, por una parte, a la condición de un texto susceptible de ser examinado en términos de prueba y error, de algo que se asume como mejorable o perfectible. Y por otra parte, si atendemos al tono y al estilo con que estas ideas son expresadas, hallaremos que a través de esa condición “ensayística” se articulan ciertas estrategias discursivas que Zapata emplea para posicionarse en el medio literario. Lo que en una primera lectura podría parecer una afectada modestia, pronto se desliza hacia la lógica de lo que Josefina Ludmer caracteriza como “tretas del débil”; es decir, esas tácticas que el sujeto marginado o subalterno esgrime desde la condición y el espacio a los que ha sido relegado, para configurar desde allí otro posible sujeto del saber.⁸

A través de un análisis de la famosa *Respuesta a Sor Filotea*, Ludmer identifica las estrategias con las que sor

⁸ Josefina Ludmer, “Tretas del débil”, *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1985, p. 53.

Juana articula un discurso posicionándose, de entrada, en un plano de inferioridad (retórica, discursiva, política y socialmente jerárquica) respecto al obispo: ella sabe, pero no dice que sabe, o dice lo opuesto a lo que sabe o, desde ese lugar inferior asignado por la autoridad y asumido por la que escribe, modifica el sentido mismo de lo que se instaura en tal lugar. Dichas estrategias, desde luego, no son exclusivas de sor Juana: pueden advertirse en un sinnúmero de textos escritos por mujeres en contextos o épocas en los que pretender asumirse como autoras, con un bagaje literario o científico, podía llevarlas a una penalización (marginación o señalamiento), cuanto menos, social.

En algunos textos reflexivos de Zapata, como la introducción a las dos novelas posteriores a *Delia y Elvira* o el ya citado ensayo “La mujer”, encontramos esa “modestia afectada” que constituye en sí un *locus* retórico: ella, la mujer que escribe, asume que no sabe hacerlo, que su pluma es inferior a la de los hombres, que su sitio en la sociedad se circunscribe al ámbito doméstico, pero a través de este tipo de formulaciones tiene lugar una toma de postura discursiva desde la cual se perfila una reorganización del campo en el que las mujeres están autorizadas a participar. Aunque Zapata se asume como inculta y falta de experiencia, a renglón seguido desarrolla una novela con un dominio intachable del lenguaje y de las conven-

ciones novelísticas de la época, incluso citando versos de poetas renombrados. Afirma no ansiar por ningún motivo la gloria que pudiera derivar de sus escritos, mas, como hemos apuntado, en adelante firma con su nombre y su apellido, escribe en diversas publicaciones periódicas a nivel nacional y apoya proyectos orientados a la educación de las mujeres.

En vista de lo anterior, no sorprende que Zapata abandonara el seudónimo y escribiera las introducciones a sus novelas, en lugar de solicitar el comentario ajeno, como solía estilarse. En la citada introducción a *Sobre una tumba una flor* se justifica la novela, asumiendo la condición de ser una mujer quien se aventura a escribir, al mismo tiempo que se ponen de relieve ciertos aspectos de la composición. Si *Delia y Elvira* fue creada a partir de la vivencia de momentos de tristeza y soledad, *Sobre una tumba...* se traza con mayor soltura, atendiendo a la generosidad del público lector; además, se admite explícitamente una conciencia escritural que busca el diálogo con una tradición poética a través de la incorporación de epígrafes al inicio de cada capítulo, tanto de poemas de escritores yucatecos, como de algunos versos de la propia autora y de José Zorrilla. Con este acto, en apariencia sencillo y subordinado a la particular configuración de una novela, la autora se coloca a sí misma en la nómina de autores que constituían el referente poético de su momento.

En sus introducciones hay, además, comentarios muy puntuales que admiten ser leídos como “tretas del débil”, y no como mera falsa modestia.⁹ Por ejemplo, cuando tras apelar a las elevaciones de su pensamiento, concentrado en preocupaciones allende el territorio mexicano, se mira como una “pobre planta inculta y nacida en los bosques vírgenes de Tabasco” y a continuación se pregunta: “¿Qué puede ofrecerlos? Ay, si sus frutos son insípidos, y escasos y vanos han sido sus esfuerzos”;¹⁰ o cuando asegura que en esta segunda “obrita” se muestra al público con su nombre y apellido por apelar a la “generosidad y benevolencia” de sus lectores, y no porque en ese acto hubiese un “anhelo de gloria en la república de las letras”. En todo caso, las actitudes de la autora al sacar a la luz su novela, y en el entendido de que esto la expone a la opinión pública, son la gratitud y la docilidad: una táctica más para que su obra tuviera cabida en un momento en el que no era del todo bien vista la mujer que escribe, y menos la mujer que escribe ficción.

⁹ En su tesis de licenciatura “La transgresión del género en la escritura: una lectura de *La Siempreviva* desde el posfeminismo” (Universidad Autónoma de Yucatán, 2009), Jimena Guadalupe de los Santos Alamilla dedica un breve apartado al ensayo “La mujer” y a algunos poemas de Catalina Zapata, apelando a la propuesta de Ludmer y haciendo énfasis en el carácter veladamente subversivo de la autora.

¹⁰ Catalina Zapata, *Sobre una tumba una flor*, ed. cit., p. III.

Delia y Elvira y *la novela sentimental*

Las novelas de Catalina Zapata exhiben todo, excepto desconocimiento del oficio. En *Amor y celos*, la autora se esfuerza más por brindar explicaciones sobre el espíritu que anima algunas de sus decisiones compositivas, que por buscar justificaciones en su escritura:

Los recuerdos, los sueños, los hechos, las narraciones que escuchamos, la imaginación, todo nos sirve tal vez para describir grandes, tristes y misteriosos acontecimientos que en nuestro humilde concepto deben interesar al lector, sin importarle el teatro donde tuvieron lugar los hechos, que cada cual puede llevar al paraje más querido, más bello o más conocido del que nos lea.¹¹

Quizás por ello no sorprenda que la trama de su primera novela, *Delia y Elvira*, se sitúe en una de las ciudades más hermosas de Francia, y casi un siglo antes de su escritura, en 1789. La espacialidad en sí se presenta nominalmente como un escenario nunca descrito, sólo evocado, que sirve de marco para imaginar los sucesos, las atmósferas y las historias dentro de la historia que habrían de mantener la tensión artística. El título de la novela, la división capi-

¹¹ Catalina Zapata, *Amor y celos*, Mérida, Imprenta a cargo de Alberto González, 1868, p. 4.

tular, la configuración de los personajes y la disposición melodramática en los sucesos narrados dan cuenta de conocimiento y adhesión a los esquemas estéticos de la novela sentimental —según los rasgos descritos por Beatriz Sarlo en *Signos de pasión. Claves de la novela sentimental del Siglo de las Luces a nuestros días*—,¹² entre los que destacan la cultura del llanto, la necesidad del obstáculo, la restitución de un orden social y moral, así como ciertas estrategias propias de la peripecia folletinesca romántica; aspectos, todos, orientados a priorizar el amor y la virtud en relación con el núcleo familiar y las jerarquías sociales.

Siguiendo con el espíritu que animaba a la autora y que, como hemos visto, no buscaba la confrontación abierta, sino la expresión a partir de ciertas tretas esgrimidas desde su posición de sujeto subordinado, la trama de *Delia y Elvira se va* desarrollando en una suerte de equilibrio entre la emotividad de las protagonistas y un dominio de las convenciones estéticas de la novela sentimental, a fin de forjar un espejo para la identificación anímica.¹³

¹² Beatriz Sarlo, *Signos de pasión. Claves de la novela sentimental del Siglo de las Luces a nuestros días*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

¹³ Dice Zapata en la introducción a su tercera novela, *Amor y celos*: “La historia y la descripción de los países es sin duda la más amena, la más interesante, la más instructiva. Pero la

Desde el inicio de la novela, llama la atención la presencia de un narrador que nos conduce con sutileza por las calles, hasta detenerse en una ventana donde hay luz, para luego introducirnos en la estancia privada en la que se encuentran las protagonistas. Lo que parecería un clásico narrador omnisciente dispuesto a imponer su mirada y su discurso a los acontecimientos narrados, pronto se desplaza para ceder la voz a las primas, que comparten la tristeza derivada del duelo padecido por Delia debido a la muerte, un año atrás, de su marido Ernesto. Así como en este primer capítulo, en los siguientes el narrador figurará como un guía dispuesto a llevarnos de la mano por cada una de las escenas que viven los personajes, o incluso nos invita a retirarnos para dejar que disfruten de su felicidad o su llanto lejos de la mirada de quien lee.

La estructura de la novela, guiada por este narrador atento a la emotividad que detonan los sucesos, se atiene a las convenciones, decíamos, de la peripecia folletinesca,

historia del corazón es la que habla más a nuestro corazón, es la que despierta en nuestra alma dulces recuerdos de los días que ya pasaron; la que nos trae a la mente halagadores pensamientos de la infancia; la que hace latir nuestro pecho poniendo a nuestra vista cuadros vivos y tiernos en que, en los personajes que miramos, encontramos retratada la vida de nuestra juventud, las lágrimas que hemos derramado, los dolores que hemos sufrido, los suspiros que hemos lanzado con desesperación”. Catalina Zapata, *Amor y celos*, ed. cit., p. 3.

que se asimiló a la novela sentimental hacia el siglo XIX y echó mano del suspenso, la sorpresa y el golpe de efecto melodramático para mantener el interés y la emoción en la intriga.¹⁴ Zapata inicia una novela presentando a Delia, la joven viuda a quien no le queda más que sufrir la muerte de un ejemplar esposo —muerte que, además, se encarga de verificar a través de la incorporación de una carta que da fe de ello— y la orfandad de su pequeño hijo Arturo. A la quinceañera Elvira le queda la esperanza de consumir su felicidad de la mano del joven médico Raúl, quien corresponde sus afectos. Es limitado el margen para la acción o el desarrollo de la intriga en un escenario como éste, sobre todo si consideramos que en la novela de la época se tendía al obstáculo amoroso derivado, las más de las veces, de la diferencia de clases entre los enamorados. Sin embargo, una vez planteada esta “calle cerrada” para las protagonistas, la autora incorpora un elemento extraño al apacible salón donde habitualmente pasan el tiempo las primas: el arribo — en el capítulo III— de un supuesto forastero que debe explicarles a Delia y Elvira los motivos de su llegada. Esta aparición inesperada dará cabida a las peripecias, a los encuentros y desencuentros amorosos, a la revela-

¹⁴ Beatriz Sarlo, *Signos de pasión. Claves de la novela sentimental del Siglo de las Luces a nuestros días*, ed. cit., pp. 60-61.

ción de secretos familiares, a los arrepentimientos y, al final, a la restitución de un orden que se creía perdido de manera definitiva.

La vida apacible de Delia y Elvira en el presente de la narración es el marco que admite la historia dentro de la historia, y la incorporación de estrategias literarias y géneros propios del patetismo sentimental: la confesión, el intercambio epistolar, los diálogos entre los amantes, etcétera. Lo que en un principio se leería como la historia sencilla de un penar en la vida privada de dos mujeres —que no está exenta de viajes, muertes, venganzas y un manejo dosificado de la secrecía—, pronto se transforma en una revelación crucial para Delia y Elvira. En el transcurrir de esta convulsa narración predomina el llanto, en tanto que “tópico de representación literaria de los afectos”, en términos de Sarlo,¹⁵ como una expresión de tristeza o dolor propia de la novela sentimental, como una vía para el consuelo reparador, y como la más clara manifestación de una sensibilidad particular:

Los cuerpos dicen mucho sobre estos sentimientos, cuya sede simbólica, el corazón, es también corporal. Los balbuceos, las lágrimas, en la novela sentimental, son los signos de un cuerpo que no puede ser gobernado com-

¹⁵ *Ibid.*, p. 35.

pletamente por la razón y que sólo puede confiar en esos otros dominios más allá de la razón: la virtud, la devoción pietista, las efusiones casi inarticuladas del lenguaje, la plegaria, la poesía, la comunión con la naturaleza. El sentimentalismo tiene esta dimensión transracional y translingüística.¹⁶

Una obra como *Delia y Ekvira* puede entenderse, desde luego, como un producto de su época: una novela sentimental que cumple las convenciones literarias del momento. Sin embargo, a la luz de las consideraciones que hemos esbozado, también admite ser revisitada como un ejercicio escritural en el que la asunción de esas convenciones implica la posibilidad de configurar un espacio retórico desde el cual Catalina Zapata buscó posicionarse en tanto que autora y ensanchar el camino para las siguientes generaciones de mujeres escritoras.

¹⁶ *Ibid.*, p. 39.

DELIA Y ELVIRA

INTRODUCCIÓN

Momentos de tristeza y soledad que nunca faltan al hombre fueron dedicados para formar esta pequeña novela, cuyo sencillo título es *Delia y Elvira*.

Jamás mi planta ha pisado los hermosos países en que figuran tener lugar los acontecimientos a que se refiere; y al escribirla no me acompañaba más idea de ellos que la muy escasa que dejaron en mi mente, de las costumbres de aquel tiempo, la lectura de algunos buenos libros.

No encierra en sí ningún hecho histórico, y toda es obra de la imaginación.

Mi ánimo al dar a luz esta obrita no lleva la esperanza de alcanzar el más leve aplauso, no; bien sé que no tiene mérito alguno, y si me expongo a la censura del público, es sólo con el objeto de llenar los deseos de algunos amigos míos, y obtener un pequeño producto que consuele en parte la triste situación de mi familia. Así, pues, invoco la benevolencia de éste, y espero se digne disimularme, si cubro mi nombre con un simple seudónimo, pues no

tengo las fuerzas suficientes para afrontar directamente la merecida crítica, que sin duda se alzar  a la lectura de este mi primer ensayo.

Quintiliana

I LAS DOS PRIMAS

En una de las ciudades m s hermosas de Francia tuvieron lugar los hechos que vamos a referir en el a o de 1789.

Era una noche de noviembre, el norte azotaba con furor, y apenas dej base o r el ruido de uno que otro carruaje que conduc a a su hogar las pocas personas que la casualidad o la desgracia obligaba a salir con aquel desagradable tiempo.

En una casa de humilde apariencia situada en una de las calles m s lejanas de la ciudad, se ve a deslizar t midamente un rayo de luz de un postigo apenas entreabierto.  Quer is entrar conmigo en este triste recinto? Venid. Ver is a una mujer sentada junto a una mesa con la frente l nguidamente apoyada en su hermosa y blanca mano. Es una joven que apenas muestra tener veinte a os; viste un traje negro, sus blondos cabellos casi cubren parte de su interesante semblante, y sus bellos ojos

están velados por un profundo dolor. ¿Qué piensa? Oíd. Después de un suspiro profundo, sus labios se abren para pronunciar un nombre.

—¡Ernesto! —dice—, ¡Ernesto mío! ¿Conque ya no volveré a oír tu dulce voz? ¿Ya tus brazos no volverán a estrechar mi cintura con la pasión que tú sólo sabías demostrar? ¿Ya mi frente jamás volverá a descansar en tu noble pecho, que hacía resonar en mis oídos las palpitaciones de tu generoso corazón?... ¡Y mi pobre Arturo, Dios mío, no conocerá al ser a quien debe la existencia! ¡Oh! ¡Me vuelvo loca! ¡Siento que quieren romperse las arterias de mis sienes, que abrasan!

Y al decir esto, casi delirante corrió a un extremo del aposento donde yacía en un profundo sueño un hermoso niño en su cuna; y entre sollozos y palabras cortadas lo colmaba de caricias. Mas pronto se abre una puerta, y se ve aparecer en el dintel de ella [a] una hermosa joven, salida apenas de la pubertad; es divina como un ángel. En sus negros y grandes ojos luce el encanto del candor, y el óvalo nacarado de su cara está adornado con una dorada cabellera, que partida en mitad de la frente forma dos trenzas que van a perderse un poco más abajo de su delgada cintura.

—¿Qué es esto, Delia? —dijo a la joven que lloraba—; al fin acabarás con tu delicada salud, y el pobre Arturo tendrá que pasar a las manos mercenarias de un

aya de leche que haga desaparecer, tal vez, el suave sonrosado de sus graciosas mejillas.

—Tienes razón: ¡pobre niño! ¡Ya no tiene en el mundo más cariño que el mío!... Yo sabré sobreponerme al punzante dolor que me aniquila, para cuidar de su preciosa existencia. ¿Pero qué quieres? Un año va a hacer que recibí aquel fatal papel, y sus caracteres están presentes en mi mente cual si fueran de fuego. De noche, de día, y a todas horas resuenan en mi oído aquellas horribles palabras: ¡muerto! ¡Perdido para siempre!... Mira, Elvira, no puedes comprender tú en la dulce estación en que estás, soñando dicha, pues sólo dicha debe sentir tu inocente corazón, el dolor que destroza sin cesar mi mísera existencia.

—¿Es posible, Delia, que seas tan injusta conmigo? —dijo Elvira tendiendo los brazos a los hombros de la triste enlutada—. ¿Cómo puedes pensar que tus sentimientos me sean indiferentes? Es verdad que soy feliz, porque el amor todo lo embellece; y ¡Raúl me ama tanto! Pero escucha: ningún sacrificio me sería penoso si pudiera con él volver la paz a tu abatido corazón. ¡Mas, ay! Esto es imposible.

—Sí, imposible —repitió Delia—. El bien que lloro era de un valor tan inmenso para mi existencia que nada en el mundo podrá llenar jamás el vacío horrible que siento en mi rededor.

—¡Qué ingrata eres, Delia querida! ¿La sonrisa de tu Arturo y el cariño de tu prima que puedes llamar hermana nada valen para ti?

—¡Oh! Perdóname, prima amada; el dolor me hace perder la razón y olvidar la grandeza del Creador, que dio un lenitivo al mal tan acerbo que padezco. ¡La sonrisa de mi hijo! ¡Oh! Evoca siempre ese dulce recuerdo, y verás cómo tengo fuerzas suficientes para sobrellevar mi infortunio. ¡Tu cariño, dulce Elvira mía, lleno de abnegación y de consuelo! Eres mi prima, es verdad que éste es el parentesco que mi padre anciano me dio a conocer el día que llegaste pequeñita a nuestro arruinado castillo. Pero el tiempo, el trato y la adversidad de nuestras suertes nos han hecho hermanas hace mucho tiempo.

—Sí —dijo Elvira con su candor angelical—, hermanas que sólo la tumba podría separar.

—¿Y olvidas a tu Raúl? —dijo la joven madre con triste sonrisa—, ¿no llegará un día en que su amor te arranque de mi lado para siempre?

—No, jamás: ¡es tan bueno! ¡Me ama tanto que no tendría valor para causarme este disgusto!

—¡Niña, qué feliz eres!

—¿Pero por qué hablas del porvenir, cuando todavía lo miro tan oscuro? —dijo la adolescente con encantadora volubilidad—. Hablemos del pasado; quiero

evocar dulces recuerdos, que si bien te arranquen una lágrima de dolor, hagan nacer una sonrisa en tus labios, al remontar tu pensamiento hasta aquella época de felicidad. ¿No te agrada más esto?

—Sí, siempre tienes razón: los recuerdos del pasado nos arrancan suspiros de lo más profundo del corazón, es verdad; pero también lo es que encontramos un secreto placer en traer a nuestra vista el cuadro variado del tiempo ya pasado. Y cual si tu deseo fuese mágico, ya despiertan en mi mente esos dulces recuerdos. Ya me parece hallarme reclinada en aquel balcón que tan sólo ofrecía a mi vista silencio y soledad. Aquel balcón, que tantas veces presencié la triste melancolía que muy temprano dejó su huella en mi frente. Sola con un padre anciano y achacoso vivía hacía mucho tiempo, pues muy niña había perdido a mi pobre madre, y la revolución de la época había obligado a mi padre a acogerse a la soledad de aquel antiguo castillo, donde logró hacerse olvidar de sus enemigos y aun también de sus amigos... Nuestra sociedad se reducía a dos o tres familias campesinas cuyo trato inculto no satisfacía mis deseos, y que sólo conservaba porque veía un buen fondo en sus sencillas costumbres, y porque no quería llevar el nombre de orgullosa que sin duda hubiera merecido, a no haber hecho todo lo posible para borrar con mi cariño la ofensa que era para aquellas buenas gentes el descender yo

de una familia noble. Fuera de ese escaso tiempo que esto me robaba, lo demás lo invertía en cuidar al conde Blimbal, mi padre, en cultivar un pequeño jardín que hacía toda mi alegría, y en seguir mis estudios. La música, la pintura, he aquí las horas en que olvidaba lo triste de mi vida. Cuando cumplí quince años, mi carácter era melancólico y a veces lloraba sin saber la causa.

—¡Pobre Delia! —dijo Elvira—: en esa época fue cuando mi padre me mandó al lado vuestro; yo tenía diez años, ¿lo recuerdas?

—¿Y cómo no he de acordarme, cuando fue uno de los únicos días de gozo que he tenido en la vida? ¡Oh! Tener una compañera en la soledad, prodigar y recibir una caricia de un ser que corresponda a nuestros sentimientos, hacer a otra persona partícipe de nuestras penas o alegrías, es un dulce consuelo para la humanidad.

”Yo vivía aislada, pues mi padre apenas salía de su cuarto a las horas de comer, y todas las caricias que recibía de él se reducían a un beso al desayuno y otro al ir a despedirme en la noche para ir a dormir al mío. Tu venida fue para mi corazón lo que es para las flores el benéfico rocío de una mañana de primavera”.

—Y yo, prima, ¡qué podré decirte! —dijo la niña entristecida—. También yo crecí sin madre, también retirada del bullicio de la sociedad; pero había una di-

ferencia entre nosotras, y es que mi tío al fin te acariciaba; ¡pero mi padre!... ¡Pobre padre! Ya hace tiempo que bajó al sepulcro. Pero ¿por qué he de ocultarte que también he padecido? Sí: mi padre era de un carácter severo, taciturno, y ¡jamás mi frente sentía el suave calor de un ósculo paternal!

—¡Pobre Elvira! ¿Conque tú también sufriste desde la infancia?

—No tanto como tú, Delia mía, porque al fin mi carácter ha sido volcánico, impetuoso, voluble tal vez; pues si bien la soledad y el abandono en que vivía me arrancaban una lágrima de pesar, la vista de una pintada mariposa, el canto del pajarillo, o el murmullo de las hojas, venían bien pronto a consolar mi existencia, y mis travesuras y risas infantiles eran la delicia de los ancianos criados que cuidaban de mi infancia.

—Pero dime, Elvira —dijo la joven madre con un tinte de curiosidad—, ¿no recuerdas haberte causado dolor la separación de tu padre?

—Voy a hacerte una leve pintura de ese día, y tú deducirás qué fue lo que sentí. Un día estaba muy entretenida jugando por el parque, cuando la anciana que me cuidaba me dijo que mi padre me había mandado llamar. Con algún sobresalto llegué junto al sillón en que éste se sentaba de costumbre todas las tardes. Me tomó de las manos, me dio un beso en la frente, que

llenó mi pecho de una dulce expansión y, con un acento que procuró hacer menos duro, me dijo estas palabras: “Hija mía, tienes diez años y es preciso pensar en tu educación. En Francia tienes un tío y una prima que, aunque no la conozco, sé que es de un carácter muy bueno, y está completamente instruida en todo lo que debe aprender una señorita de tu clase. Viven retirados en un castillo, y creo que con tal de tener una compañera en su soledad, se hará cargo con gusto de ser tu maestra”. Yo lloré, y le dije que no quería retirarme de él, que ya estaba anciano, y yo debía velar a la cabecera de su lecho en caso de que enfermarse: nada valió; su contestación fue mandar preparar mis cosas, y darle orden a mi aya para ser mi conductora en tan largo viaje. Sus únicas palabras de consuelo fueron ofrecerme que, tan pronto concluyese mis estudios, me mandaría [a] buscar. ¿Para qué cansarte con la relación de un viaje tan penoso? Lo único que te diré es que, al pisar el dintel de vuestro castillo, mis lágrimas fueron enjugadas con tus dulces caricias y los halagos de mi buen tío.

”Un año había pasado muy contenta cuando, te acordarás, tuve la fatal noticia de la muerte de mi pobre padre —y la joven enjugó con su blanco pañuelo dos lágrimas que cual perlas temblaban en sus largas pestañas”.

—No llores, prima mía —dijo Delia—, pues tu pesar hace revivir la tristeza que, tan poco tiempo hace, tú

supiste calmar con tu angelical dulzura —y con sonrisa melancólica dejó deslizar en los oídos de Elvira el mágico nombre de Raúl.

La joven sonrió también y ambas se dieron un tierno abrazo, pues comprendieron que cada una tenía en la tierra un objeto que les mandaba vivir y sofocar las angustias que las pobres jóvenes habían pasado.

—Delia, ya es tarde y me retiro —dijo Elvira—; tú debes descansar, yo procuraré hacer otro tanto, después de haber elevado a Dios mis humildes plegarias de costumbre —y dando un beso a su prima y otro al niño que sonriendo dormía aún, desapareció como un celaje.

—¡Pobre niña! —dijo Delia—, quizá tiene más motivos de llorar que yo, ¡pero es tan buena! Ángel de amor que cubre con sus alas de consuelo nuestra morada de dolor, ¡Dios recompense tu virtud!... —y apagando la débil lamparilla que iluminaba aquella triste estancia, se reclinó en su lecho con la esperanza de que el sueño viniese a posar sobre su frente calenturienta.

II LA CARTA

Son las nueve de la mañana. El sol dora con sus rayos los muebles sencillos de una pequeña sala.

Cuadros primorosos que representan escenas campestres se hallan pendientes de las blancas paredes, una mesita elegante con su espejo, una docena de sillas de pajilla y un hermoso piano forman todo el adorno de tan modesta mansión.

Dos jóvenes vestidas con esmero, la una de negro, la otra de blanco, y peinadas al gusto del día, se hallan allí. La una borda junto a un pequeño balcón y acaricia con la vista una cuna que tiene a su lado; la otra con movimientos voluptuosos, que bien podrían compararse a los de la inocente mariposa, va y viene por la estancia, dando vida a esta tranquila habitación. Ya riega las macetas que graciosamente mecen sus flores carmesíes al soplo de la suave brisa, ya va junto de una jaula que encierra un pequeño canario que responde a sus halagos con su trino cadencioso, ya por último se acerca a la joven que borda, y le dice:

—Delia, ¿por qué no rompes el largo silencio que guardas hace tiempo? ¿No te gusta mi conversación? ¿Te molesta mi charla?

—No, prima querida, me gusta tu conversación, y tu charla casi infantil me agrada tanto cuanto que es la única voz amiga que suena en mis oídos. Pero ¿no sabes que el pensamiento al volar por los inmensos espacios del pasado nos absorbe de tal manera que hay momentos que puede decir el hombre que no ve, que no escucha, y que todos sus sentidos están enervados por una fuerza poderosa? Esto se llama distracción y esto es lo que a veces siento me sucede, cuando mi imaginación se deja sumergir en ese lago de recuerdos, que sin cesar se presentan a mi vista.

—Siempre recuerdos —dijo la niña con una muequecita de disgusto—, ¿y no mezclas con esos recuerdos ni una leve esperanza?

—Esperanza —contestó con un suspiro Delia—. ¡Oh!, sin duda te burlas, niña. ¿Esperanza de qué, cuando me falta él? Tus labios han pronunciado un sarcasmo.

—No —dijo la niña—; pero oye: aquí en mi corazón escucho una voz que me dice que te he de ver feliz, me dice que es una crisis por la que estamos pasando, pero que nos esperan momentos de ventura.

—¡Oh! ¡Elvira, cómo se conoce que no recuerdas las palabras de aquella carta fatal! Y aunque brote de

nuevo sangre por la herida que su lectura me causó, voy a leértela.

Y la pobre enlutada sacó de la almohadilla un papel que, por lo ajado, dejaba comprender cuántas veces habían sido devoradas por los ojos empañados por el llanto las líneas que contenía.

—Oye, Elvira, y verás si no tengo razón para decir que en la vida nada espero.

Viena, 178...

Mi respetada señora:

Sólo el deber me obliga a tomar una pluma para dirigiros esta carta, que tal vez derrame amargura en vuestra hermosa existencia.

Señora: antiguas relaciones eran las que mediaban entre el barón Rodlan y yo, cuando tuve el gusto de conocer hace cerca de diez años al hijo segundo de éste, que la casualidad hizo le prestara un servicio en esta ciudad, por cuyo motivo nos profesábamos el más tierno cariño. Voy a lo triste.

Hace dos meses me paseaba por una de las calles más solitarias de esta ciudad, cuando creí oír a cierta distancia un ruido de armas, y un grito cortado y seguido por el golpe que hace un cuerpo al caer pesadamente en tierra.

Corrí al lado donde me pareció debía haber ocurrido algo fatal, y me encontré con un cadáver.

Su sombrero yacía por un lado, su espada dentro de la vaina por otro, su reloj desprendido sin duda de la cadena que lo sujetaba, lo vi brillar a mis pies. Recogí estos objetos, y lleno de agonía me acerqué a reconocer las facciones del herido, pues ya casi era de noche, y... juzgad mi desesperación al reconocer al hijo de mi mejor amigo, ¡al pobre Ernesto!

Por lo que sufrí en ese instante, juzgo lo que sufriréis en el momento de leer estos renglones; pero, como os he dicho antes, lo considero un deber, pues que parece más desesperada la situación del que espera día por día, hora por hora, a la persona que ama, y que jamás ha de llegar. Vuelvo a mi triste relación.

Lleno de desesperación levanté la cabeza de mi pobre Ernesto; sus facciones estaban lívidas, ¡sus ojos apagados para siempre! Acerqué mi oído a su corazón, ¡nada! ¡Había dejado de latir! Entonces quise prestarle los últimos servicios que demanda la amistad, y los únicos que ya podía necesitar, y eran conducirlo a su sepulcro, procurar averiguar quiénes habían sido sus asesinos y escribiros esta carta, pues por él mismo sabía que se había casado con vos en Francia ahora un año.

Con esta idea, aunque con pesar, tuve que dejar el cadáver en el lugar donde había ocurrido esta trágica y misteriosa escena, para ir en busca de un carruaje o de algunos

criados que lo trasladasen a mi casa, prepararlo todo y hacerle sus funerales con la mayor pompa posible.

Apenas había caminado cien pasos, cuando a la vuelta de una calle divisé al comisario de policía; llegué hasta él, le conté todo lo que me había sucedido, y accedí a mis ruegos de ir conmigo para ver si podíamos entre los dos descubrir alguna huella que nos guiase a saber quién había sido el asesino, y también me ofreció su carruaje para transportar a mi desgraciado amigo.

Regresamos a aquel funesto lugar y, ¡oh sorpresa!, el cuerpo había desaparecido. ¿Cómo? ¿Quién lo había robado, con qué objeto? ¡Nada pudimos averiguar!...

Desde ese momento se dio parte a las autoridades, se corrieron mil diligencias, ¡nada! ¡Misterio impenetrable! De este fatal acaecimiento han pasado dos meses, por lo que, hoy que mi hijo Raúl pasa a ésa a practicar la medicina después de haberse recibido hace pocos días, me decido al fin a daros parte de este triste suceso. Él pondrá en vuestras manos los tristes objetos que me quedaron del desgraciado Ernesto, que si bien a su vista derramaréis muchas lágrimas, os servirán de triste recuerdo, y como prueba de lo que os llevo dicho. A mi hijo nombro para ofreceros mi servicios y amistad.

El general Rosini

—Ya ves, prima mía, si puedo dudar y consolarme de una desgracia tan grande y tan positiva. El general Rosini es, según me lo nombraba mi pobre Ernesto, un sujeto muy estimado en Viena por su reputación intachable, y al darme tan triste noticia es indudable que me decía la verdad.

—Sí —dijo la joven Elvira angustiada—; y desde el día que Raúl te trajo la carta de su padre, cuantas veces al hablar sobre esta triste materia, él te ha convencido más de la verdad, pues te ha contado los pormenores de los pasos que se dieron para descubrir el asesino y su paradero, ¡todo en vano! Él también amaba a Ernesto, y también ha llorado con nosotras muchas veces.

Largo era el silencio que guardaban las dos jóvenes, cuando se oyeron pasos en la escalera que conducía al salón donde estaban. Elvira alzó los ojos con animación, un vivo encarnado apareció en sus mejillas, y golpeando sus lindas manos exclamó:

—¡Él es! ¡Cuánto había tardado!

Un momento después dejábase ver en la puerta un joven de veintitrés años. Ojos negros, pelo castaño, nariz recta, y unos pequeños bigotes también castaños, he aquí el conjunto de su animado semblante.

—Buenos días, Delia, Elvira, ¿cómo estáis? ¡Siempre encuentro en vuestros semblantes las huellas de vuestro eterno llanto! ¡Tan jóvenes! ¡Oh! Si no fuera por las

máximas que mi padre me ha hecho amar de nuestra santa religión, creo que ya hubiera dudado de la justicia de Dios. ¡Dos ángeles con el corazón traspasado! ¡Huérfanas de la opulencia, pasadas a la mediocridad, y alejadas del sol de la elegante sociedad donde ellas debían ocupar el núcleo! ¿Cómo debemos llamar a esto?

—Raúl —dijo la joven enlutada—, a esto debemos llamar los decretos del Creador, a cuyo mandato debemos doblegar la cabeza, y pensar en que hay otros seres que son más desgraciados que nosotros.

—Dulce resignación la que nace de un noble corazón como el vuestro —dijo el joven.

”Y tú, mi bella Elvira, ¿qué piensas, que tus ojos hu-
yen de los míos?”.

La joven, después de un momento de silencio, contestó:

—Pienso, mi amigo Raúl, que son las nueve, y que nos habías ofrecido venir a las siete para darnos un pequeño paseo por el campo.

—Cierto es, mi bien, pero ¿no te he dicho muchas veces que el que abraza la profesión que yo he abrazado no es libre de su voluntad? ¿Tè parecería justo que, por dar gusto a mi corazón que me mandaba venir a oír tus dulces palabras, no oyese la voz del pobre moribundo que me espera con el ardor del que cifra toda su esperanza en el que le puede volver la salud?

La joven se sonrió con malicia, y dijo:

—¿Nada más que eso era lo que te detenía?

—¿Y qué otra cosa, Elvira? ¿A quién conozco en esta ciudad? ¿Qué puede ocuparme lejos de ti?

—Raúl, tienes razón, perdóname, soy injusta, ¡y el deseo que tengo de verte me sugiere unas ideas!...

—Celosilla —dijo Raúl—, qué poco conoces mi razón que no palpita más que para ti.

—No la culpéis —respondió Delia—, que os ama mucho y sólo respira cuando estáis aquí, Raúl. Ya se ve, ¡lleva una vida tan triste y solitaria la pobre niña! ¡Ella tan alegre, tan bulliciosa! Y hasta su carácter reprime por no turbar mi dolor. ¡Qué diferencia de la vida que llevábamos cuando venimos con mi pobre Ernesto a esta ciudad hace dos años!... Creo que ya os he contado que tres años hacía que estaba con nosotros Elvira en nuestro castillo, y dos que lloraba la muerte de mi pobre tío, cuando una tarde muy tempestuosa oímos golpear a nuestra puerta. Mi padre mandó abrir inmediatamente y un criado subió a decirnos que era un joven que, habiéndosele lastimado el caballo que montaba, suplicaba que se le diese hospitalidad para pasar la noche y seguir su viaje a París al otro día, después de comprar un caballo en la aldea que distaba una legua del castillo.

”Mandó mi padre que subiese y al momento se nos presentó un joven de treinta años, de ojos negros y

tristes, cuyo semblante tostado por el sol y su traje nos dieron a conocer que era un militar.

”Después de saludar a mi padre y a nosotras que bordábamos junto a una ventana, suplicó a éste le dijese a quién debía el favor de la hospitalidad que se le ofrecía. Mi padre satisfizo a su pregunta con amabilidad y le ofreció su amistad en lo sucesivo”.

—¿Y este joven? —preguntó Raúl.

—¿No lo adivinas? —dijo Elvira.

—Era Ernesto —contestó la pobre Delia con el semblante bañado en lágrimas—. Era mi Ernesto que desde ese día robó mi corazón. Y ¿era extraño, cuando en su hermoso semblante se traslucía ese tinte de melancolía que era un reflejo de la que sentía en mi alma?

”A las dos horas de estar en nuestro hogar y de haberle ofrecido los servicios que necesitaba, ya era amigo de mi padre, y con sencillas palabras le hizo una relación de su vida. Le dijo que era un noble; pero que siendo de los últimos hijos del barón Rodlan, su padre, se vio en la precisión de adoptar la carrera de las armas por ser la más brillante en ese tiempo, y porque era propia de su carácter. Que muy joven aún, había sufrido un fuerte golpe que le había hecho triste y taciturno, y que desde entonces más que nunca procuraba estar en el campo de batalla. Que era muy apreciado de sus superiores, y había ascendido a coronel. Que tenía un capital de 100 000 pesos en casa de

un banquero en París, producto de sus sueldos, pues que de éstos apenas gastaba la octava parte, supuesto que por su carácter y sus costumbres se avenía más a la vida dura del soldado, de cuyos alimentos y lecho participaba él casi siempre, pues encontraba en esto un secreto placer.

”Cuando mi padre le preguntó qué destino pensaba darle a sus rentas, él respondió con la mayor dulzura y modestia que distribuirla entre los pobres. Mi padre sabía calificar el corazón humano, y conoció el tesoro que encerraba este joven en el suyo.

”Por súplicas del barón de Blimbal, mi padre, pasó quince días con nosotros, y partió a su destino en un hermoso caballo que éste le regaló. A los dos meses volvió y repitió sus visitas más a menudo, hasta que, al fin, un día que me halló sola en mi pequeño jardín, me dijo:

”—Delia, hace ocho años que, como dije a vuestro padre, sufrí un golpe que hizo mi carácter triste y sombrío; desde esa fecha creí que todo había acabado para mí; hoy la casualidad me ha puesto por delante un ángel que puede aún endulzar mi vida. Delia, ¿queréis ser mi esposa?

”—Sí —le dije—, yo me consideraría feliz con llevar este nombre, pues sé el mérito que hay en vuestros sentimientos, Ernesto; y si mi padre quiere, seré vuestra. Yo sabré llenar la dulce misión de consolar vuestro dolor, que jamás trataré [de] profundizar.

”—¡Oh! —me contestó—, sois muy buena.

”Y a pocos días mi padre, consintiendo nuestra unión, mandó buscar un sacerdote que en la capilla de nuestro mismo castillo, y con dos amigos por testigos, anudó el lazo que tan feliz me hiciera, ¡y que tan poco duró!”.

—Pobre prima mía —dijo Elvira—, ¡todo es tristeza y soledad en tu corazón!...

—¿Y cuándo vinisteis a esta ciudad? —preguntó Raúl.

—Pocos días después de mi casamiento sucumbió mi padre a su tristeza, aunque con el consuelo de dejarme un apoyo en la tierra. Y siéndome odiosa la morada en que perdiera un ser que amara tanto, nos venimos a establecer aquí.

—Y si vieras, Raúl, ¡qué días pasábamos tan contentas! Después del luto que guardamos por mi pobre tío, Delia dispuso que tuviéramos nuestras pequeñas tertulias, sólo por darme gusto, pues ella me decía que con su Ernesto lo tenía todo.

—Y ¿cómo no había de ser así —dijo la triste joven—, cuando todo su conato se reducía a verme alegre y feliz? ¡Ay! ¡Él no amaba más que a mí en la Tierra! Caballos, perros, bailes, *soirées*, todo había muerto para él. Si la desgracia lo obligó a separarse de mi lado, fue lanzado por el deber. Era militar y tenía que obedecer al llamamiento que sus superiores le hacían...

Silencio profundo siguió a las tristes palabras de Delia; nadie osaba variar de conversación, pues creían cometer un sacrilegio; todos veneraban la memoria de Ernesto y comprendían el vacío que su desgracia dejara en el corazón de su joven esposa. Al fin, esta última, que amaba tanto a Elvira, los sacó de sus tristes reflexiones, y dijo:

—Elvira, ¿no traes a tu Raúl tu regalo?

—Oh, sí —dijo la joven.

Y ligera cual cervatilla corrió, regresando a los pocos momentos con un hermoso cuadro que figuraba dos jóvenes hermosos en cuya cabeza colocaba Cupido una corona de mirtos; la hiedra y la margarita crecían enlazados a sus pies.

—Mira, Raúl —dijo la joven—, mañana es tu santo y aquí tienes mi regalo: si te parece de algún mérito da las gracias a mi dulce maestra.

Y con tierna sonrisa señaló a Delia que los contemplaba enternecida. Esta felicidad sin duda lastimaba su sensible corazón. ¡Sí, le despertaba recuerdos de su perdida dicha!... Mas el remedio de sus lágrimas ella lo tenía muy cerca; corrió a la cuna de su hijo, y tomándolo en sus brazos sintió que un gran peso se quitaba del corazón.

Los dos jóvenes en tanto, con la risa en los labios y la felicidad en sus miradas, tuvieron un largo diálogo que es muy difícil seguir. ¡Se amaban! Todo desaparecía

a la vista de ambos, no existiendo para ellos más que el uno para el otro. Al fin, Raúl se acordó de la pobre Delia que sufría y dijo a Elvira:

—Ven y haz porque nos acompañe tu prima para ir al campo, pues la mañana está muy bella.

Delia expuso algunos pretextos para no salir; por fin, por dar gusto a los dos jóvenes, mandó a Elvira a traer los sombreros y los chales, y después de recomendar mucho a su Arturo a una criada antigua de la casa, salieron a dar un paseo. ¡El semblante de Elvira radiaba de placer! ¡Edad de oro es la edad del amor! Un rato se llora y después se ríe...

III LA APARICIÓN

Han transcurrido cuatro meses después de las primeras escenas que van referidas. Este tiempo lo habían pasado las dos jóvenes, la una siempre triste, la otra llena de esperanzas e ilusiones. Raúl cada día más amante de Elvira, y Arturo cada día más bello y gracioso con las medias palabras que empezaba a pronunciar.

Uno que otro paseo por el campo, la lectura de algunos buenos libros que les traía Raúl, y una que otra amiga que les visitaba, ¡he aquí las únicas distracciones que tenían hacía mucho tiempo!

Una noche estaba Elvira muy entristecida con el pequeño Arturo, y Delia recostada en un sillón cerca de su balcón, siempre vestida de negro y con la mano sosteniendo su frente pensativa, mientras sus ojos seguían el curso de la luna que llegaba a la tercera parte de la bóveda celeste, cuando oyose parar un carruaje a la puerta y poco después los pasos de una persona que subía lentamente la escalera, parándose de cuando en cuando, como para tomar aliento.

A la repentina aparición de un forastero, pues no era Raúl, bien se conocía por el modo de subir, las dos jóvenes se miraron, y dijeron a un tiempo:

—¿Quién será?

Pocos momentos después salían de su curiosidad, pues se presentó a su vista un hombre casi cubierto con una capa. Sin embargo, Delia dio un grito y se pasó las manos por los ojos, pues le parecía que era presa de una pesadilla. Venció por fin el deseo de salir de la duda, y se acercó al desconocido.

—¿Qué es lo que veo? —dijo, con voz que dejaba traslucir una especie de delirio—. ¡Él!... ¡Ernesto!... Dios mío, ¿es una visión?... ¿Quién eres, dime? Visión o espíritu, yo te bendigo, pues tienes toda la apariencia de mi Ernesto.

Y frenética corrió hasta llegar y posar su mano sobre el hombre que tenía delante. Éste botó el embozo, y abriendo los brazos recibió a la pobre Delia que estaba próxima a caer de emoción.

—Yo soy tu Ernesto —dijo—. Sí, tu esposo que no quiere dejar la Tierra por no dejarte a ti, dulce paloma mía.

—¿Conque no sueño? —dijo Delia, que con los ojos arrasados en lágrimas contemplaba el semblante de su esposo—. Sí, Ernesto mío, eres tú, con tu dulce mirada; sólo que estás aún más pálido que antes.

—¿Y qué, los muertos pueden no estar pálidos? —dijo el joven—; yo he muerto hace un año, y sólo porque te amo estoy aquí —y rodó por sus labios una sonrisa melancólica.

—Vamos, Ernesto mío, puesto que tengo la felicidad de volverte a ver, dime ¿qué suceso tan funesto es el que me privó de verte hace un año y llorarte como muerto?

—Oye, Delia querida, es una historia muy triste; pero si tú lo quieres, te haré una relación de todo. Pero primero quiero estrechar contra mi corazón el fruto de nuestro amor: ¿dónde está mi Arturo?

Elvira que tenía al niño en sus brazos, y que aún no había salido de su sorpresa, presentó al instante a Ernesto al pequeño Arturo. Éste en un mismo abrazo confundió al niño con Elvira, pues ésta era para él su hermanita querida, como la llamaba en otro tiempo. Después tomó al niño, y su semblante brilló de dulce alegría al contemplar la hermosura de éste, y al oír su vocesita que decía:

—¿Tú eres papá, el que lloraba tanto mamá? Ven, mamacita, no llores ya, aquí lo tienes.

Delia miraba llena de orgullo a su Ernesto, y estrechaba a ambos con la efusión de la más profunda alegría.

¿Para qué seguir? Dejémoslos, dejémoslos gozar su tierno amor, y esperemos un día más para saber por qué

casualidad había vuelto el que se lloró tanto tiempo por muerto.

IV LA REVELACIÓN

Al día siguiente de haber llegado Ernesto, su interesante esposa, despojada del traje lúgubre del luto, ostentaba en todo su esplendor su arrogante hermosura. Un vestido color de paja adornado con pasamanerías negras sustituía al que dejara; sus dormidos ojos brillaban de dulce felicidad y sus lustrosos cabellos caían en bucles adornando con gracia su torneado y blanco cuello.

—Conque, Ernesto, ¿cumples lo que me ofreciste anoche, de contarme el extraño suceso que me hizo llorar tanto? —dijo a su esposo.

—Sí —respondió éste—, y creo que Elvira y Raúl que han mostrado tanta alegría al verme participarán de tu misma curiosidad. ¿Verdad, hermanos míos? —dijo dirigiéndose a los dos jóvenes que, sentados enfrente de él y su esposa, mostraban en sus semblantes las dulces emociones que en ese momento sentían en su corazón.

—Sí —dijeron los dos a un tiempo—, y desde ahora bendecimos la causa o casualidad que te vuelve a nues-

tro lado; pues si esto no sucede, sin duda que hubiéramos perdido a nuestra pobre Delia, que cada día la marchitaba más el dolor que sufría.

Con un suave apretón de manos, mostró en silencio su reconocimiento el llorado esposo a la amante compañera que tenía a su lado. Y empezó el curso de sus aventuras con estas palabras:

—¿Tè acuerdas, dulce Delia mía, que cuando te ofrecí mi mano, te dije también que un golpe fatal me traspasó el corazón ocho años antes? Hoy, pues, descubro el velo de este misterio pasado; es preciso para llevar el orden del último acontecimiento, pues están ligados el uno con el otro.

”Contaba apenas veintidós años, cuando un día en Viena, que sabéis es la cuna de mis padres y la mía, tenía lugar una función solemne, a cuyo acto debía concurrir todo el cuerpo militar. Yo, que era en esa época nada más que capitán, iba casi a la retaguardia con mi pequeño cuerpo de infantería, cuando al pasar por una calle principal vi volar un pañuelo de un balcón, que el viento hizo caer a mis pies; recogí esta reliquia, que no sabía ni a quién pertenecía, y seguimos marchando hasta que concluida la función regresé ansioso a la calle donde sucediera esta ocurrencia; y acercándome a la hermosa casa que en mi mente tenía muy presente, llamé y vino en el momento a abrirme el portero de ella: se informó

de lo que se me ofrecía, y le rogué que antes me dijese quién era el dueño de la casa.

”—Es —me contestó— el barón de...

”Permitidme, amados míos —dijo Ernesto dirigiéndose a su pequeño auditorio—, que os oculte el nombre de este personaje hasta la conclusión de mi relato, pues motivos imperiosos me obligan a hacerlo así”.

Todos se conformaron con esta extraña condición y el joven siguió de esta manera:

—Y bien, respondedme —le dije al portero—, ¿es casado el señor barón de...?

”—No, señor —me contestó el portero.

”—Pues entonces debe haber una mujer aquí, y ¡hermosa! —dije, recordando lo elegante del perfumado pañuelo que apretaba sobre el corazón. El portero se me quedó viendo, y dijo:

”—Señor, ¿luego conocéis a mi señorita?

”—¡A tu señorita! Sí, ella debe ser la dueña de este rico pañuelo, que sin duda por un descuido caería de sus manos al pasar por aquí la banda militar.

”—Mirad las iniciales que contiene —me dijo el portero—, y si encontráis una O y encima las armas del barón de..., que es una paloma con un gajo de olivo en el pico, no hay duda [de] que es de mi señorita Otelina.

”—Pues ésa es la marca —dije mostrándole el pañuelo—; ya había distinguido la inicial del nombre de

tu señorita, y deseo que subas al momento y le digas que quiero en persona entregarle el pañuelo que se le cayó hoy del balcón.

—Si no es más que eso, voy —dijo el portero, y subió de dos en dos los tramos de la escalera.

”Mientras regresaba, yo repetía el nombre de Otelina, que había dejado en mi corazón un encanto singular. Bajó el criado a los pocos minutos, y me dijo que su señorita me esperaba. Subí con una extraña agitación, y entré en un elegante salón. ¡Allí estaba la joven del pañuelo! ¡Allí estaba Otelina!

”Perdóname, Delia querida, que te hable de los ardores de mi primera juventud, pero así lo exigen los hechos que van a seguir, y que disculparán en parte las desgracias de que fui causa...

”Al contemplar la hermosura de esa mujer —dijo Ernesto con el semblante conmovido—, dejó mi corazón de pertenecerme, y lleno de emoción me acerqué a ella, y le dije:

—Señorita, aquí tenéis vuestro pañuelo, que no dudo que la casualidad hizo llegar a mis manos.

—Sí —dijo la joven algo sonrosada—; tan distraída estaba inclinada en mi balcón mirando la marcha de las tropas, que no sentí caer mi pañuelo, y sólo al verlo en vuestras manos conocí [que] debía ser el mío: gracias, joven, sois muy honrado, pues otro quizá lo hubie-

ra conservado para hacer creer a sus amigos que era un trofeo que guardaba de sus campañas amorosas.

”En fin, ¿para qué cansaros? Aunque mi visita fue corta, fue lo suficiente para que quedáramos amigos. Yo le supliqué me concediera tener el gusto de frecuentar su casa, y me dijo que buscara una persona de influencia que me presentara a su padre, porque éste era muy delicado para los individuos que permitía en su sociedad; pues estando él en sus negocios, y quedando ella casi siempre sola, quería estar satisfecho de las personas que visitaban su casa. Le ofrecí que así lo haría y me despedí de ella.

”Como podéis juzgar, no perdí tiempo; y sabiendo que un amigo de mi padre tenía amistad con el barón, le supliqué que me presentara a éste. Así lo hizo, y el barón me ofreció su casa después de preguntar mi nombre y clase, a lo que contestó el que me llevara que era hijo del barón Rodlan. Quedaron, pues, hechas nuestras relaciones y tuve el gusto de continuar viendo a la encantadora Otelina. Al poco tiempo le descubrí mi pasión y entonces tuve el gusto de saber que era amado cual mi corazón deseaba.

”Mas esto no podía durar mucho tiempo de esta manera, y un día dije a mi amada que me iba a dirigir a su padre para obtener su consentimiento a nuestra unión. Ella, con un tinte de tristeza, suspiró y me dijo:

—¡Ay! Ernesto, no conoces a mi padre, y yo preveo que vamos a sufrir mucho todavía.

—No temas —le dije—, el mío hablará por mí, y no dudo [de] que obtendrá buen resultado.

—¡Dios lo haga! —dijo la joven. Y resuelto a esto supliqué a mi padre pidiese al barón de... la mano de Otelina. ¡Oh! Cómo pintaros el furor que se apoderó de éste al oír estas palabras:

—¡Vuestro hijo! —contestó a mi padre—. ¿Un capitán de infantería? ¿Y ha podido suponer que yo diese la mano de mi hija a un ente que no le ofrece un porvenir de grandeza, y que en vez de aumentar su esplendor la haga bajar de la alta esfera en que ha nacido? No: y siempre no. El hombre que quiera llamarse mi yerno, que traiga sus títulos de nobleza; ¡que traiga mucho oro!

—Ya sabéis que yo no podía contar con nada de esto, pues, aunque mi padre me amaba mucho, yo era su hijo segundo, y en esa época todo mi capital se reducía a unos 50 000 pesos.

—Mi padre se retiró lleno de indignación por el ultraje que había recibido, y me dijo que yo no pensase más en aquella mujer. ¿Yo no pensar en Otelina? Era lo mismo que si me hubieran exigido que no latiera el corazón dentro de mi pecho.

—No volví a poner los pies en casa del barón de..., pero escribía a mi amada, y tenía cartas de ella todos

los días por medio del portero, que me había tomado mucho cariño.

—Un día de desesperación tomé la pluma, y le puse esta carta:

Otelina:

Ya apuré la copa de la amargura hasta las heces, y no puedo sufrir más. Escoge: el barón tu padre o yo. Si no aceptas la proposición que voy a hacerte, mañana mismo monto a caballo y parto para no volver jamás.

El campo de batalla me ofrecerá bien pronto una bala que haga reposar para siempre mi cabeza, que pierde la razón. Si me amas y no quieres que lleve a cabo esta determinación, es preciso que te resuelvas a ser mía, aunque sea contra la voluntad de tu padre. Mañana en la noche mientras éste está en la corte, iré en un coche con un amigo a la puerta de tu casa, bajarás y nos dirigiremos a un barrio apartado de la ciudad, donde tendré listo un sacerdote que nos una y mi amigo nos servirá de testigo. Después tu padre tendrá que perdonarnos, pues ya no habrá remedio para el mal.

—Concluí esta fatal carta con tantas quejas, tantas súplicas y una pintura tan viva de la felicidad que nos aguardaba, que no dudé se aceptase mi proposición. Así fue

que todo lo dispuse como lo había escrito, y fui a casa de un amigo de mi padre, que se llamaba el general Rosini”.

—¡Mi padre! —dijo Raúl.

—Sí, tu respetable padre —respondió Ernesto—, que escogí para hacer más solemne el paso que iba a dar. Éste al escuchar mis palabras quedó sorprendido, y casi disgustado de la proposición que le hacía. Pero rogué tanto invocando la amistad que lo unía a mi padre; y por último le dije que si él no lo hacía buscaría a otro, y al fin consintió con la condición de que pronto se le daría parte al padre de Otelina para implorar su perdón y que él sería el que hablaría por nosotros, aunque se acarrease la enemistad de éste.

”A la noche siguiente, cuando dieron las ocho, ya estaba el coche que nos conducía a la puerta de mi amada, y a los pocos momentos bajaba ésta tan pálida y asustada que casi me arrepentí del paso que la obligaba a dar. Bajó en silencio, le di la mano y subió al coche, que mandé caminar al punto.

”Aun todavía resuenan en mi oído las palabras de aquel ángel:

—Ernesto, ¡te amo tanto —me dijo—, que prefiero la maldición de mi padre a tu muerte, pues no dudo que serías capaz de cumplir lo que me dices en tu carta!

”Y copioso llanto corría por sus mejillas. Mi amigo y yo procuramos calmarlo en lo posible.

”Pronto llegamos a un templo muy apartado de la ciudad, donde nos esperaba un anciano y virtuoso sacerdote, venerado de cuantos lo conocían por su santidad. Tenía en sus manos el libro de oraciones, y las luces encendidas en el altar.

”Llegué con mi pobre Otelina, que venía apoyada en mi brazo para no caer, ¡tal era su emoción!, y postrándonos ante el sacerdote, recibimos la santa bendición. Concluida la sagrada ceremonia, supliqué al ministro del altar [que] me diese un certificado de nuestro casamiento, y poniéndole en sus manos un paquetito de billetes de banco, nos retiramos de aquel silencioso recinto.

”¡Oh, qué noche aquella! El cielo estaba encapotado, densas nubes surcaban el espacio y dejábase oír el sordo rumor del trueno, que venía rodando en alas de la lejana tempestad. La ciudad que yacía en profunda quietud diseñaba sus imponentes edificios a la fosforescente luz de los relámpagos.

”Entre mis manos estrechaba las suaves y delicadas de mi amada, y gozaba de ese rico bienestar del ser que ve colmados sus más ardientes deseos, después de sostener una larga y fatigosa lucha. Era feliz o, mejor dicho, debía serlo. ¿No estaba unido para siempre a la mujer que idolatraba? ¿No estaba satisfecho de que nada me la podía arrancar del santuario en que mi amor iba a colocarla? Sin embargo, una desconocida tristeza venía

a turbar el encanto de mi dicha. Y en el eco lejano de los truenos, creía escuchar la imponente voz de Dios, que descontenta me gritaba: '¡Eres un temerario!'...

"El general, Otelina y yo no habíamos aún interrumpido el silencio que nos hacía guardar las diferentes reflexiones a que cada uno estaba entregado. Gruesas gotas empezaban a caer, cuando llegamos a una calle solitaria donde tenía lista una pequeña y bonita casa arreglada con elegante sencillez.

"Allí mi buen amigo dándome un abrazo nos dijo:

"—Me retiro: Dios colme de bendiciones vuestra unión y me perdone la parte que he tomado en un acto, que casi pudiera llamarse atrevimiento. Pero me consuela que mi único objeto ha sido hacer menos borrascoso el resultado —y se fue en el mismo coche que nos había traído.

"Dos meses habían transcurrido de esta memorable noche. Mi dulce esposa iba poco a poco perdiendo la tristeza que le dejara en el espíritu el haber contrarrestado la voluntad de su padre, y la esperanza de un porvenir lisonjero se nos ofrecía a la vista.

"No habíamos aún arreglado el modo de presentarnos en casa del barón de..., pues mi amigo el general Rosini, que nos venía a ver de cuando en cuando, no creía prudente dar este paso, sabiendo que el padre de mi esposa se encontraba lleno de furor. Y esperábamos

la crisis de este rencor, que pensábamos haría el tiempo a nuestro favor.

"En tal estado se hallaban las cosas, cuando una noche a las diez llamaron a nuestra puerta, y me entregaron una comunicación del capitán general para que me presentase al momento. Di un beso en la frente a mi pobre Otelina, que llorando me rogaba no la abandonase. La tranquilicé con que volvería bien pronto, y le hice conocer lo imperioso que era para mí obedecer la voluntad de mis superiores.

"Llegué al palacio de nuestro jefe y se me dio la orden de partir en el acto, de comisión para otro departamento, pues lo exigían las circunstancias apremiantes de la política del país. Lleno de desesperación, no tuve tiempo más que para escribir a mi esposa, dándole aviso de este fatal contratiempo; y al general Rosini, suplicándole velase por aquella pobre afligida.

V
LA VÍCTIMA

Un mes hacía que estaba lejos de mi hogar, triste y afligido por no haber podido regresar al seno de mi amante esposa ni tener la más leve noticia de ella, cuando recibí una carta de mi amigo, el general Rosini, con un sello negro. Las fuerzas me abandonaron, y la solté antes de abrirla dejándome caer en un sillón.

”Largo tiempo estuve de esta manera, hasta que haciendo un poderoso esfuerzo levanté el papel, y rompiendo con mano convulsa el sobre, leí su contenido que decía así:

¡Valor, amigo mío!

Nada sucede en el mundo sin la voluntad de Dios, y ésta sin duda ha sido la que decretó la desgracia que voy a noticiaros.

Al otro día de vuestra partida fui a ver a la joven Otelina, y quedé sorprendido del dolor que se dibujaba en su

frente de ángel. Procuré consolarla y ella sólo lloraba. Me despedí con el sentimiento de ver infructuosas mis palabras de consuelo, y todos los días iba a hablarle de su Ernesto, pues era lo único que podía sacarla del abatimiento en que yacía.

Un día, como de costumbre, fui a verla y me dijo su doncella que había salido muy temprano. ¿A dónde había ido?... No pude saberlo, ¡ni menos figurármelo!

Cuál sería mi sorpresa, amigo mío, cuando el mismo día recibí una esquelita de la marquesita de Reville, concebida en estos términos: “Venid, amigo mío. Nuestra pobre Otelina se nos muere. Aquí os contaré la causa de la desgracia”. Al momento fui a casa de la marquesita, y juzgad de mi dolor al entrar en la recámara de ésta y encontrar a vuestra amada, presa de una fiebre devorante.

Me acerqué a ella y con miradas delirantes pareció reconocerme, y dejó escapar estas palabras:

—¿Y mi Ernesto?

—Vendrá muy pronto... —le dije—. Hoy tal vez.

—¡Oh! —me dijo—. ¡Ya no será tiempo!... —y cayó de nuevo en la divagación, consecuencia funesta del mal que corroía su adorable existencia.

Lleno de consternación me acerqué a la marquesita y le pregunté lo ocurrido.

—Vais a oír una escena repugnante —contestó, y me narró lo siguiente:

—Esta mañana estaba muy entretenida leyendo algunos periódicos, cuando de pronto vi dibujarse como una visión delante de mi vista. ¡Era Otelina, pálida como un cadáver!

Hacía mucho tiempo que yo no veía a esta dulce amiga, y sólo llegaron confusos rumores a mis oídos de haberse fugado con su amante; rumores que no habían hallado eco en mi corazón, que conocía la virtud de esta criatura. Y sólo suponía que la ausencia de mi amiga era el haberla encerrado su padre en algún convento. Así es que, algo sorprendida, le pregunté después de haberle ofrecido un sillón, porque apenas podía sostenerse, a qué feliz casualidad debía tener el gusto de verla en mi casa. “¡Feliz!”, me contestó con un suspiro. “¡Decid fatal!”, y con voz cortada por sollozos me hizo una relación de los sucesos que vos sabéis.

Después agregó que, desde la marcha de su Ernesto, que era el único que calmaba sus penas con sus amantes caricias, no hacía más que llorar, pues devoraba su pecho un cruel remordimiento por la conducta que observara con su padre, que, a pesar de su carácter irascible, siempre había sido muy bueno con ella.

Hoy muy temprano, desazonada más que nunca, resolvió ir a echarse a los pies de su padre, y haciéndole una relación de todo y obtener su perdón; pues sin esto no podía vivir tranquila. Lo que no había querido hacer

por medio de una carta, estando persuadida [de] que el barón al recibirla la hubiera hecho mil pedazos antes de leerla.

Dice que no quiso daros cuenta de esta idea, pues temía os opusierais y por eso se resolvió a salir sola para dirigirse al asilo paternal.

Llegó allí y mandó al portero que diese aviso de su llegada. Éste lleno de júbilo fue a llevar a su señor lo que él creía una feliz nueva. Al momento bajó el barón y en su semblante desfigurado por la cólera conoció la pobre Otelina que sería infructuoso todo. Se llegó a su hija y con voz cavernosa le dijo:

—¿Qué queréis, señora?

La joven se echó de hinojos a sus pies y los empezó a regar con sus lágrimas, queriéndole hacer comprender con palabras entrecortadas que no era culpable, y era digna de su perdón. Él nada escuchaba, y ciego de furor le decía:

—¿Tú, mi hija?... ¡Mientes, infame! Tú eres una víbora que ha venido a esparcir el deshonor en la mansión de sus antepasados. ¡Sal en este momento de aquí! ¡Yo te maldigo!...

Y con bárbara mano arrastró a nuestra pobre amiga hasta la puerta, que cerró con estrépito.

Casi muerta de desesperación y de vergüenza la pobre niña, no tuvo fuerzas para llegar a su casa y entró a

reponerse aquí, donde apenas concluyó sus tristes palabras, fue presa de la fiebre que veis, y que dio principio con un síncope que duró cerca de una hora.

Horrorizado con esta narración invoqué la justicia de Dios; y en unión de la marquesita que amaba mucho a vuestra Otelina, hicimos cuanto estuvo en nuestras manos. ¡Nada! El mal hacía progresos con rapidez, y al tercer día sólo tuvo un rato de razón que se aprovechó en ofrecerle los consuelos de la religión, que ella aceptó con angelical conformidad. Después de este acto piadoso, murmurando vuestro nombre, voló su alma a habitar la mansión de los justos...

No quería dar parte al barón de... de este triste desenlace, pero la marquesita se empeñó en ello diciendo que lo consideraba un deber. Yo no quise ni ver este monstruo, pero supe que mostró un grandísimo dolor, y de rodillas junto al cadáver de su hija se le oyeron pronunciar palabras de venganza.

He aquí todo. Vuestra esposa descansa para siempre y yo espero que recibiréis como verdadero cristiano esta desgracia.

”Así terminaba esta fatal carta; y loco sin saber lo que hacía corrí todo el día por las calles de la ciudad en que me hallaba, hasta que por la noche extenuado de fati-

ga caí en un estado de postración que casi semejaba al idiotismo para todo lo que me rodeaba. ¡Ay! ¡Mi pensamiento estaba fijo únicamente en la gran fatalidad que acababa de sobrevenirme!

”Unas veces desesperado maldecía al destino, al barón y a mí mismo; otras, con los ojos bajos y la frente apoyada en mis enardecidas manos, hacía un minucioso recuerdo de todo lo pasado, y lloroso conocía que la mano justiciera del Creador castigaba mi bárbaro proceder.

”Así pasaban los días, así pasaban los meses, ¡así pasó un año también!... ¿Cuántas lágrimas corrieron por mis mejillas en ese tiempo? Preguntadlo al surco oscuro que desde entonces rodea mis abatidas pupilas”...

La angelical Delia se paró y rozó con sus labios la pálida frente de su esposo. Éste la estrechó en sus brazos con tierna sonrisa y prosiguió de esta manera:

—Regresé al fin a Viena, y fui a regar de flores y de lágrimas la tumba de mi pobre amiga... ¡Era todo lo que me quedaba de la interesante Otelina!

”Desde entonces seguí una vida nómada y hacía esfuerzos inauditos por morir en el campo de batalla. No lo conseguí y las proezas de valor que hice con este objeto vinieron a coronar mi sien de laureles, que casi pesaban en mi frente.

”Cansado de esta vida ruda y desesperada, pedí una licencia de seis meses para venir a pasear la bella Fran-

cia; y tal era mi destino, cuando la casualidad hizo que me detuviera en tu castillo, Delia mía, donde renació la paz en mi abatido corazón. Vivía tranquilo y feliz a tu lado hacía un año, cuando obligado por mi fatal carrera me vi precisado a separarme de ti para ir a mi país natal donde esperaba conseguir mi licencia absoluta, y venir a pasar el resto de mi vida en tu dulce regazo; pero entonces la desgracia aún no contenta puso de nuevo su mano de hierro sobre mí.

”Les contaré la escena que tuvo lugar poco antes que el general Rosini hallase mi cadáver, como él os escribió.

”Caminaba una tarde por una calle solitaria para arreglar un negocio que tenía pendiente, cuando se me presentó un hombre con una espada en la mano, y lleno de furor me dijo:

—Defiéndete, infame —y dirigió la punta de su espada a mi pecho. Iba a sacar la mía de la vaina, cuando reconocí al barón de... ¡el padre de mi pobre Otelina!

—Escuchadme antes, señor —le dije—; voy a hacerlos ver que no soy un infame como decís —y quise contarle todo lo pasado.

—¡Mientes, miserable! ¡Seductor vil! ¡Asesino de mi honra y de mi hija querida! ¡Defiéndete, repito!

—Señor —le contesté—, jamás levantaré mi espada para el padre de la que fue mi esposa.

—¡Pues bien! —gritó, sordo a mis palabras en el

colmo de su cólera—, tendré que matarte para cumplir el juramento que hice junto al cadáver de mi hija, de que vengaría su muerte —y levantando la espada, la hundió en mi pecho.

”Di un pequeño grito, y caí exánime. Pocos momentos sin duda de esto, fue cuando llegó el general atraído por el golpe que hizo mi cuerpo al caer pesadamente en tierra.

”El barón había desaparecido...

VI EL ARREPENTIMIENTO

No sé, a la verdad, el tiempo que tardé sin conocimiento. Sólo recuerdo que, al volver de mi largo desmayo, me encontraba en una vasta pieza adornada con muebles y cuadros que demostraban la antigüedad a que pertenecían, y alumbrada solamente por una lámpara que pendía del techo.

”Un anciano sentado en un gran sillón yacía sumido en tristes y profundas meditaciones, pues sus manos ocultaban completamente su semblante, que descansaba en ellas.

”El movimiento que hice al volver en mí sin duda llegó a los oídos distraídos de éste, pues corriendo a mi lecho se inclinó tiernamente sobre mí y, cubriendo mis manos con sus lágrimas, decía:

”—¡Gracias al cielo, que al fin se conmueve con mi desesperación! Al fin abres los ojos, hijo mío, y tendré tiempo para pedirte perdón, ¡y llorar mi falta que tan desgraciado me ha hecho! ¿No me oyes, Ernesto querido?...

”Sí lo oía, pero la sorpresa no me dejaba contestar. El hombre que tenía delante, y que tan arrepentido parecía, era mi asesino, era, en fin, el barón de..., el padre de mi perdido bien.

”—Señor —le dije algunos minutos después—, sí os escucho, y no tengo nada qué perdonaros, pues no es culpable el hombre que, engañado por las apariencias, se arma con la espada de la justicia para vengar el ultraje que cree ha recibido. Sois el ser que más amaba mi pobre Otelina en la Tierra, y seréis toda la vida venerado por su desgraciado Ernesto.

”—¡Oh! Eres muy generoso —prosiguió el anciano—, y ahora conozco que estaba en un error. Cuando te hice transportar aquí, cayeron algunos papeles de tu ropa, que tuve la indiscreción de revisar, y vi la certificación de un virtuoso sacerdote, que nada me deja qué dudar de ser legal el lazo que te unía a mi pobre hija. Leí también una carta de tu amigo el general Rosini, y veo por ella que fue el testigo de tu casamiento, y que, temerosos de mi carácter implacable, no habían decidido decirme nada hasta esperar la calma. ¡Ay!, la pobre Otelina fue víctima de su amor filial, ¡y nada podrá arrancar de mi corazón el puñal que quedó clavado hace nueve años al llorar sobre su dulce semblante, mudo a mis súplicas de desesperación!

”—No lloréis, y acordaos que yo seré vuestro hijo de hoy en adelante —dije apretando sus manos entre las mías calenturientas.

”—Sí —me contestó—, ya sé que hace un año existe un motivo más para que yo te llame mi hijo querido.

”—¿Lo sabéis? —le dije—, ¿y estáis contento?

”—¡Oh! ¡Y mucho! —exclamó—. La dulce Delia te consolará y será una hija cariñosa para este desgraciado anciano.

”Ahora escucha —prosiguió— cómo es que mi carácter se hizo tan feroz... y cómo te hallas a mi lado, después de ser yo el que te herí con tanto encono:

’Como sabes, pertenezco a una familia distinguida de Francia; pero no sabes los motivos que me han hecho vivir lejos de la cuna de mis padres. Yo era el hijo tercero de la familia, y por consiguiente estaba destituido de títulos y riquezas, que de derecho pertenecían a mi hermano mayor.

’Esto me hizo odiar la vida desde muy joven; y acabó de sembrar la discordia entre mi primer hermano y yo la fatalidad de habernos enamorado los dos de una misma joven, bella y virtuosa, que al preferir a éste, no la indujo el vil interés, no; su alma pura comprendió las bellas cualidades que le adornaban, y él fue el feliz mortal a quien entregó su corazón.

'Yo desesperado maldije a la suerte, reñí con mi hermano, y salí de mi patria con la intención de no volver a poner los pies en ella.

'La suerte se cansó al fin. Y al poco tiempo de andar errante, recibí una carta donde se me daba orden de cobrar una herencia que me dejaba en Burdeos una tía anciana, que me cuidó en la infancia y acababa de morir. Marché para esa ciudad, recogí dicha herencia que era pingüe, viajé algún tiempo más y vine a establecerme aquí.

'Como el dinero todo lo puede, conseguí los títulos de barón, a los que agregué el nombre de mi padre, que ya conoces. Al poco tiempo me casé con una joven de buena familia, y bien pronto me vi padre de una hermosa criatura, que se llamó Otelina. ¡Pobre hija mía, que tantas veces aplacó con su carácter de ángel el genio borrascoso de su turbulento padre!... Tuve otros hijos, pero todos morían al nacer, y ya casi perdía la esperanza de tener otro vástago en la familia, cuando tuve otra niña que causó la muerte de su buena madre.

'Otelina tendría diez años en esa triste época, y siendo tan niña no podría cuidar de su tierna hermanita, por lo que tuve que darla a criar a una señora, que se hizo cargo de ella con la condición de llevarla a su casa.

'Quince años tenía mi pobre Otelina cuando la fatalidad te llevó a mi morada, mi pobre Ernesto, y ya sabes

lo demás. Sólo me resta decirte lo que hice después de la muerte del ángel que lloramos.

'Tan grande fue mi dolor que juré tu muerte, y mientras veía realizado tan sangriento deseo, resolví ir a vivir a un castillo que me pertenecía, y estaba lejos de la ciudad algunas leguas. Vendí las casas que tenía en ella, y me retiré con la única hija que me quedaba, y que entonces tenía cinco años, la que había estado con su aya de leche y no había querido ver, porque me recordaba la muerte de su pobre madre. En fin, en este ángel reconcentré todas mis afecciones, pues en Francia no existía de mi familia más que mi hermano mayor, con quien no conservaba ninguna relación a pesar de las cartas cariñosas que algunas veces había recibido de él.

'De este modo viví cinco años, pero sin olvidar al seductor de mi hija; éste era el nombre con que te llamaba y muchas veces tomé informes para saber si habías regresado, pero siempre me decían que estabas ausente.

'Decidido como estaba a llevar a cabo mi venganza, quise poner a mi pequeña hija a cubierto de los resultados que podía acarrear mi cruel designio, y decidí mandarla a Francia a casa de su tío y prima, para que velaran por su educación y porvenir”.

—¿Y cómo se llamaba esa niña? —preguntaron las dos jóvenes levantándose con agitación.

—Elvira Blimbal —dijo Ernesto.

—¿Luego el padre de Otelina es mi padre también?
—dijo la pobre criatura, y cayó desmayada en los brazos de Raúl que corrió a sostenerla.

—¡Mi tío! —murmuró Delia con emoción; y todos acudieron a prestar a la joven los auxilios que el caso requería. Ésta, depositada por su triste amante sobre un sofá en la recámara de Delia, que estaba contigua a la sala donde tuvo principio la revelación de Ernesto, parecía un blanco lirio arrancado de su tallo.

Sus negras pestañas daban sombra al blanco mate de sus mejillas, y su boca de niño apenas entreabierta dejaba admirar la igualdad y pequeñez de su brillante dentadura. Delia trajo un frasquito de esencia que acercó a la perfilada nariz de la joven después de haber cortado un ancho lazo azul que sujetaba a su delgada cintura el blanco vestido, que dejó descubierto en parte las formas seductoras de la pobre desmayada.

Raúl, apoderado de una de las manos de ésta, que caía sin fuerzas en las suyas, las regaba con sus lágrimas, y con la vista fija en el semblante de su amada, que parecía presa del más profundo sueño, esperaba ansioso verla hacer un movimiento.

Quince minutos tardaría la joven en este estado, cuando abrió los ojos e, incorporándose un poco, con voz apagada dejó oír estas palabras:

—¡Gracias, Dios mío, que aún conservas la vida del ser a quien debo la existencia!...

Guardó un momento de silencio y, dirigiendo la mirada a su amante, prosiguió:

—¡Adiós, ensueños de ventura, esperanzas lisonjeras! ¿Lo oyes, mi buen Raúl? Jamás mi padre consentirá nuestra unión, y seré sacrificada a las bárbaras preocupaciones, cual lo fue mi infeliz hermana —y la joven escondió su divino semblante entre sus blancos y torneados dedos.

—¡Oh!, no —dijo Ernesto—, no, hermana mía, la experiencia del dolor ha cambiado el carácter de tu anciano padre, y llorando me ha jurado que vendrá sólo con el objeto de pedirte perdón a ti y a mi pobre Delia por las lágrimas que ambas habéis derramado por su causa: tú llorándolo por muerto a él, y tu prima llorándome a mí.

—Mas ¿por qué motivo se dio por muerto cuando apenas tenía yo once años? —dijo la tierna niña enjugando sus lágrimas.

—Voy a seguir mi relación, y lo sabrás —contestó Ernesto; y siguió de esta manera:

VII MISTERIOS DESCUBIERTOS

Mandé la niña a mi hermano —continuó el barón de Blimbal, pues ya le podemos dar este nombre— con una larga carta, donde me reconciliaba con él, y le enviaba una fuerte suma para que, en caso de que yo muriese, fuera la dote de esta querida criatura.

’Tranquilizado con esto, sólo pensé en cumplir mi horrible juramento, y para poner a cubierto el nombre de mi familia de un borrón, y que mi hermano, mi hija y mi sobrina no tuvieran que avergonzarse de tenerme por pariente, resolví hacerme aparecer por muerto para todo el mundo. Esto fue un año después de mandar a mi tierna Elvira. Para este objeto sólo tuve que gastar algún dinero, pues con el oro todo se consigue. Y a pocos días figuraba mi nombre en la lista de muchas personas que habían perecido en un buque que naufragó haciendo su travesía para Italia.

’Este periódico sin duda fue el que, llegando a las manos de mi hermano, lo persuadió de que yo ya no

existía, y daría tan triste noticia a mi pobre hija, que ¡cuánto habrá llorado la pobrecilla!».

—Y el anciano se mesaba los cabellos con amargura; yo, para atenuar su dolor, le dije que Elvira había sido muy querida del conde Blimbal y de su hija. Tranquilizado con esto, prosiguió:

—Cuatro años hacía que te esperaba con la ansiedad con que el tigre espera su presa para devorarla, cuando una tarde que, como de costumbre, recorría los barrios más apartados de la ciudad, la tentación te puso a mi vista, y en la ignorancia en que estaba del nuevo parentesco que te unía a mi familia, pues no había sabido de ésta hacía mucho tiempo, corrí a cebar con saña infernal el odio que guardaba hacía tantos años.

Después de dar un grito te vi caer, y te oí decir estas palabras: «¡Adiós, esposa mía! ¡Adiós, Delia de Blimbal!». Este nombre trajo un rayo de luz a mi desarreglado cerebro, y quise abalanzarme a ti para socorrerte; pero oí pasos, y sólo tuve tiempo para esconderme tras de una arruinada pared’.

Y me contó todo lo que vosotros sabéis por la carta del general Rosini —dijo Ernesto a su familia, que le oía con atención—. Mas no sabéis lo demás que me refirió el anciano de este modo:

—Así que se retiró el general, sin duda en busca de criados para llevarte a su morada, salí yo de mi escondi-

te, y ligero cual el rayo te alcé en mis brazos, y como si me hubiera vuelto el vigor de la juventud, corrí contigo, y tuve la fortuna de llegar a este solitario asilo, que era mi habitación hacía mucho tiempo, sin encontrar en mi camino ningún ser viviente que estorbase mi carrera.

Mi primer cuidado, después que te hube colocado en mi mismo lecho, fue mandar por un médico a un criado discreto y prudente que me servía hacía muchos años, y lleno de ansiedad, esperé. El médico no tardó en llegar, y deteniéndolo en la antesala donde salí a recibirlo, le hice jurar bajo palabra de honor que sólo vería sin preguntar, y guardaría silencio sobre lo que iba a ver y a ejecutar. Así lo hizo, y yo atesté sus bolsillos de cuanto oro pudieron contener.

Entramos en esta pieza, y después de examinarte detenidamente, movió la cabeza, y dio a entender que casi no había esperanza. Mas al ver la desesperación retratada en mi semblante, dijo: «La herida no ha tocado el corazón, pero la pérdida de sangre ha sido grande. En fin, veremos». Y empezó la operación.

Tú seguías en la inmovilidad de un muerto, y sólo por los latidos de tu débil pulso se conocía que aún tenías vida. Hoy es el tercer día, y acabas de volver del prolongado letargo en que estabas sumido —dijo el anciano—, y la esperanza renace en mi corazón’.

”Por último, no quiero fastidiaros con el relato de los tristes días que pasaron después de esta escena —dijo Ernesto—; sólo os diré que en seis meses no me había levantado de mi lecho de padecimientos, pues la debilidad hacía que la fiebre se presentase cada poco tiempo, y con un pie en el sepulcro como estaba, no me atrevía a escribiros por no daros una esperanza quizá vana, ni deciros el estado tan deplorable que guardaba.

”Pasaron otros cuatro meses, y aunque ya con esperanzas de vida, no te escribía por no ponerte en la precisión de hacer un largo y penoso viaje, que sin duda hubieras emprendido al saber mi triste situación —continuó Ernesto dirigiéndose a su joven esposa.

”El barón nuestro tío también me detenía, pues decía que él mismo me iba a traer al seno de mi familia, que también era la suya.

”En fin, se me olvidaba deciros que en este tiempo se le dio aviso al general Rosini de todo, el que, reconciliado con el barón, ofreció no escribiros nada tampoco, y partir con nosotros para venir a ver a su Raúl.

”Mi padre estaba en un largo viaje, y nada supo de mi funesta aventura.

”Yo no pude esperar por más tiempo, y me resolví por último a venirme casi convaleciente como estaba y sin esperar al barón de Blimbal y al general Rosini, porque aún tenían algunos asuntos que arreglar, y sacarte el

puñal que te atravesaba el corazón, ángel querido —y el joven estrechó las manos de la tierna Delia.

”Entre poco tendremos el gusto de ver a éstos, pues el barón nuestro tío viene dispuesto a redimir sus culpas; y al general Rosini, mi fiel amigo, que tendrá sumo placer al saber la buena elección de nuestro hermano Raúl. También vendrá mi amante padre, que tan luego llegue a Viena se pondrá en camino con los primeros, pues se lo suplico en una carta que le dejé al barón de Blimbal, el cual lo esperaba con impaciencia para darle un abrazo de eterna reconciliación”.

De este modo dio fin el largo relato de Ernesto, a quien todos se apresuraron a abrazar, conociendo que estuvieron a punto de perderlo para siempre.

EPÍLOGO

Al mes de haber llegado Ernesto al seno de su familia, tuvieron el gusto nuestras interesantes heroínas de estrechar contra su corazón, la una a su anciano padre que lloraba por muerto hacía cuatro años, y la otra en el mismo personaje al hermano de su padre, a su arrepentido tío, que las colmaba de caricias y casi iba a postrarse de rodillas a los pies de ellas, si estas amantes jóvenes no lo hubieran impedido abriéndole los brazos, donde el pobre viejo derramó un torrente de lágrimas, que confundidas con las que corrían por las mejillas de las jóvenes fueron el crisol que sirvió para purificar las culpas pasadas del barón, que en lo sucesivo no se volvieron a mencionar.

El barón Rodlan y el general Rosini, que vinieron con el barón de Blimbal, también tuvieron su parte en las caricias de las jóvenes, pues veían en ellos a los padres de sus adorados Ernesto y Raúl. Éstos, antes que ellas, habían tenido este dulce placer.

Raúl obtuvo el consentimiento del barón de Blimbal y de su padre para unirse con la angelical Elvira,

cuyo casamiento se efectuó pocos días después, y fue colmado de bendiciones por toda la familia.

En fin, todos fueron felices y gozaron del esplendor a que estaban destinados desde la cuna, pues el barón de Blimbal distribuyó sus grandes tesoros entre sus hijos queridos, como llamaba a los cuatro jóvenes. Vivió largos años aún; y si por casualidad se deslizaba una lágrima de sus ojos al recuerdo de lo pasado, las manos cariñosas de sus hijos se apresuraban a enjuagarla.

NOTICIA DEL TEXTO

Con el seudónimo Quintiliana y en la imprenta a cargo de Leonardo Cervera, Catalina Zapata publicó *Delia y Elvira* (Mérida, Yucatán, 1864). Como bien mencionan Karla Marrufo y Silvia Alicia Manzanilla al presentar esta edición, “Catalina Zapata tuvo que compaginar su labor literaria con su rol de madre: cuando publicó *Delia y Elvira*, sus hijas Dolores y Albertina tenían alrededor de siete y dos años, respectivamente”.

No se tiene noticia de que esta obra fuera reeditada, por lo que tomamos como texto base la publicación de 1864, consultable en el repositorio de la Biblioteca Virtual de Yucatán: <<https://bit.ly/3Yd6HjH>>.

Debido a algunas dudas generadas por la copia digital de dicha edición, Karla Marrufo y Silvia Alicia Manzanilla consultaron el ejemplar de *Delia y Elvira* que custodia la Biblioteca Yucatanense del Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán (CAIHLY). Agradecemos a su personal todas las facilidades otorgadas para concluir la presente versión en línea.

CATALINA ZAPATA
TRAZO BIOGRÁFICO

Catalina Zapata Roig nació el 16 de febrero de 1833 en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, México; fue la quinta de un total de ocho hermanos, así como nieta del político e historiador Lorenzo de Zavala. Sus padres fueron Catalina Roig Berescuti y Manuel Zapata Zavala. Este último ejerció como diputado por Tabasco en el Congreso de la Unión y apoyó en 1841 la declaración de ese estado como entidad independiente del resto de la República. Justamente de su vínculo paterno proviene la relación consanguínea de Zapata con su prima Gertrudis Tenorio Zavala, también escritora, poeta e integrante de la revista *La Siempreviva*.

El 20 de febrero de 1851, contrajo nupcias con el periodista, abogado y poeta José Manuel Puig Domínguez, con quien procreó cuatro hijos en Tabasco; a la postre, la familia se trasladó a San Cristóbal, Chiapas. Tiempo después, Catalina Zapata se separó de su marido y regresó al hogar paterno en compañía de sus hijos. Por cierto, Dolores Puig Zapata [de León], hija de nuestra autora, también escribió poemas con frecuencia.

Con el seudónimo Quintiliana, Catalina Zapata difundió en 1864 *Delia y Elvira*, impresa por Leonardo Cervera. Al año siguiente publicó el folletín, firmado con su nombre de pila, *Sobre una tumba una flor*, editado igualmente por Cervera. En la “Introducción”, Zapata confirma la autoría de su primera novela: “Sin embargo, animada por la acogida que tuvo ante el público yucateco mi primer ensayo literario que con el título de *Delia y Elvira* y bajo el seudónimo de ‘Quintiliana’ he publicado hace poco, he tomado de nuevo la pluma para componer esta novela”.

Tres años después, en 1868, publicó por entregas, y nuevamente con su nombre, *Amor y celos*, impresa por Alberto González. Finalmente, el sitio web decimononicas.com (<https://www.decimononicas.com/zapata-catalina>) refiere otra obra de nuestra autora, intitulada *Confidencias*, de la cual se desconoce la información acerca del lugar y fecha de publicación.

Zapata formó parte de La Siempreviva (1870-1871), sociedad homónima de la revista quincenal, constituida por escritoras e intelectuales yucatecas cuyo propósito era fomentar la instrucción de las mujeres en el ámbito cultural; entre las páginas del impreso desarrolló otros géneros como la poesía y el ensayo. Nuestra autora fue conocida también como La Cantora del Grijalva, seudónimo con el que enviaba, desde Tabasco, algunas

colaboraciones para la revista yucateca *La Siempreviva*. Además, participó en diversos soportes periodísticos: *La Oliva*, *Recreo del Hogar*, *El Diario del Hogar*, *Violetas del Anáhuac*, *El Escolar Mexicano*, *La Convención Radical Obrera* y *El Comercio del Golfo*.

En distintos textos, principalmente en sus ensayos y poemas, destacó su carácter incisivo e incluso irónico respecto a la concepción del rol de la mujer en la sociedad y en la tradición católica. Así, exhibió esta clase de tipo social para transgredirlo, principalmente desde la parodia; con ello, se afirmó como una autora progresista al incluir, en la mayoría de su obra, temas relacionados con la mujer.

En el 1887, ocupó el cargo de presidenta de la Asociación Espiritista de Señoras, en San Juan Bautista, Tabasco. En esa misma ciudad, Catalina Zapata Roig murió el 3 de agosto de 1892, a la edad de 59 años.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



Delia y Elvira se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 02 de marzo de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR Y JOSHUA CÓRDOVA.